**AGUSTÍN DE HIPONA**

***CONFESIONES***

**Traducción: Ángel Custodio Vega Rodríguez,**

**revisada por José Rodríguez Díez**

**[Corregida Claudio Pierantoni junio 2022]**

**LIBRO DÉCIMO**

**Ascenso al conocimiento de Dios. Tesoros de la memoria. Estado actual de su espíritu**.

Cuarenta y seis años

(h. 400 AD)

CAPÍTULO I

**1.** Que yo te conozca, conocedor mío, *que yo te conozca como tú me conoces*[*1*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn1), Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas *sin mancha ni arruga*[*2*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn2).

Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me gozo cuando mi alegría es sana. Las demás cosas de esta vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora.

*He aquí que amaste la verdad*[*3*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn3), porque *el que obra la verdad viene a la luz*[*4*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn4). Yo la quiero obrar en mi corazón, delante de ti por esta mi confesión y delante de muchos testigos por este mi escrito.

CAPÍTULO II

**2.** Y ciertamente, Señor, a cuyos ojos está siempre desnudo el abismo de la conciencia humana, ¿qué podría haber oculto en mí, aunque yo no te lo quisiera *confesar*? Lo que haría sería escondérteme a ti de mí, no a mí de ti. Pero ahora que mi gemido es testigo de que yo me desagrado a mí, tú brillas y me places y eres amado y deseado hasta avergonzarme de mí y desecharme y elegirte a ti, y así no me plazca a ti ni a mí si no es por ti.

Quienquiera, pues, que yo sea, manifiesto soy para ti, Señor. También he dicho yo el fruto con que te confieso; porque no hago esto con palabras y voces de carne, sino con palabras del alma y clamor de la mente, que son las que tus oídos conocen. Porque, cuando soy malo, confesarte a ti no es otra cosa que desplacerme a mí; y cuando soy piadoso, confesarte a ti no es otra cosa que no atribuírmelo a mí. *Porque tú*, Señor, *eres el que bendices al justo*[*5*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn5) pero antes, *de impío le haces justo*[*6*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn6)*.*

Así, pues, mi *confesión* en tu presencia, Dios mío, se hace callada y no calladamente: calla en cuanto al ruido [de las palabras], clama en cuanto al afecto. Porque ni siquiera una palabra de bien puedo decir a los hombres si antes no la oyeres tú de mí, ni tú podrías oír algo tal de mí si antes no me lo hubieses dicho tú a mí.

CAPÍTULO III

**3.** ¿Qué tengo, pues, yo que ver con los hombres, para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar *todas mis debilidades?*[*7*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn7) Curioso linaje para averiguar vidas ajenas, desidioso para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de ti quiénes son? ¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, si les digo verdad, siendo así que ninguno de los hombres *sabe lo que pasa en el hombre, si no es el espíritu del hombre, que, existe en él?*[*8*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn8) Pero si te oyeren a ti hablar de ellos, no podrán decir: «Miente el Señor». Porque ¿qué es oírte a ti hablar de ellos sino conocerse a sí? ¿Y quién hay que se conozca y diga «es falso», si él mismo no miente?

Mas, porque *la caridad todo lo cree*[*9*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn9), entre aquellos, digo, a quienes unidos consigo hace una cosa, también yo, Señor, aun así me confieso a ti, para que lo oigan los hombres, a quienes no puedo probarles que las cosas que confieso son verdaderas. Pero créanme aquellos cuyos oídos abre para mí la caridad.

**4.** No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos —que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad. Y deleita a los buenos oír los pasados males de aquellos que ya carecen de ellos; pero no les deleita por aquello de ser malos, sino porque lo fueron y ahora no lo son. ¿Con qué fruto, pues, Señor mío —a quien todos los días se confiesa mi conciencia, más segura ya con la esperanza de tu misericordia que de su inocencia—, con qué fruto, te ruego, confieso delante de ti a los hombres, por medio de este escrito, lo que yo soy ahora, no lo que he sido? Porque ya hemos visto y consignado el fruto de confesar lo que fui.

Pero hay muchos que me conocieron, y otros que no me conocieron, que desean saber quién soy yo al presente en este tiempo preciso en que escribo las *Confesiones*, los cuales, aunque me han oído algo o han oído a otros de mí, pero no pueden aplicar su oído a mi corazón, donde soy lo que soy. Quieren, sin duda, saber por confesión mía lo que soy interiormente, allí donde ellos no pueden penetrar con la vista, ni el oído, ni la mente. Dispuestos están a creerme, ¿acaso lo estarán a conocerme? Porque la caridad, que los hace buenos, les dice que yo no les miento cuando confieso tales cosas de mí y ella misma hace que ellos crean en mí.

CAPÍTULO IV

**5.** Pero ¿con qué fruto quieren esto? ¿Acaso desean congratularse conmigo al oír cuánto me he acercado a ti por tu gracia y orar por mí al oír cuánto me retardo por mi peso? Me manifestaré a los tales, porque no es pequeño fruto, Señor Dios mío, *el que sean muchos los que te den gracias por mí*[*10*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn10) y seas rogado de muchos por mí. Ame en mí el ánimo fraterno lo que enseñas se debe amar y duélase en mí de lo que enseñas se debe doler. Haga esto el ánimo fraterno, no el extraño, no *el de hijos ajenos, cuya boca habla la vanidad y su diestra es la diestra de la iniquidad*[*11*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn11), sino el fraterno, que cuando aprueba algo en mí se goza en mí y cuando reprueba algo en mí se contrista por mí, porque, ya me apruebe, ya me repruebe, me ama.

Me manifestaré a estos tales. Respiren en mis bienes, suspiren en mis males. Mis bienes son tus obras y tus dones; mis males son mis pecados y tus juicios. Respiren en aquéllos y suspiren en éstos, y de los corazones de estos hermanos, que son tus incensarios, suban el himno y el llanto a tu presencia.

Y tú, Señor, deleitado con la fragancia de tu santo templo, *compadécete de mí, según tu gran misericordia*[*12*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn12), por amor de tu nombre; y no abandonando en modo alguno tu obra comenzada, consuma en mí lo que hay de imperfecto.

**6.** Este es el fruto de mis confesiones, no de lo que he sido, sino de lo que soy. Que yo confiese esto, no solamente delante de ti con secreta alegría mezclada de temor y con secreta tristeza mezclada de esperanza, sino también en los oídos de los creyentes hijos de los hombres, compañeros de mi gozo y consortes de mi mortalidad, ciudadanos míos y peregrinos conmigo, anteriores y posteriores y compañeros de mi vida. Estos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fuesen hijos tuyos, señores míos, y a quienes me mandaste que sirviese si quería vivir contigo de ti.

Poco hubiera sido de provecho para mí si tu Verbo lo hubiese mandado de palabra y no hubiera ido delante con la obra. Por eso hago yo también esto con palabras y con hechos, y lo hago bajo tus alas y con un peligro enormemente grande, si no fuera porque *bajo tus alas te está sujeta mi alma y te es conocida mi flaqueza*[*13*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn13).

Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú, Omnipotente, que estás conmigo aun desde antes de que yo lo estuviera contigo. Manifestaré, pues, a estos tales —a quienes tú mandas que les sirva— no quién he sido, sino quién soy ahora al presente y quién venga a ser todavía. *Pero no quiero juzgarme a mí mismo*[*14*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn14). Óiganme, pues, en esta actitud.

CAPÍTULO V

**7.** Tú eres, Señor, el que me juzgas; porque, aunque nadie *de los hombres sabe las cosas interiores del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él*[*15*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn15)*,* con todo, hay algo en el hombre que ignora aun el mismo espíritu que habita en él; pero tú, Señor, sabes todas sus cosas, porque le has hecho[16](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn16). También yo, aunque en tu presencia me desprecie y tenga por tierra y ceniza, sé algo de ti que ignoro de mí. Y *ciertamente ahora te vemos, por espejo en enigmas, no cara a cara*[*17*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn17), y así, mientras peregrino fuera de ti, me soy más presente a mí que a ti. Con todo, sé que tú no puedes ser de ningún modo violado, en tanto que no sé a qué tentaciones puedo yo resistir y a cuáles no puedo, estando solamente mi esperanza en que *eres fiel y no permitirás que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas; antes, con la tentación das también el modo de poder soportarla*[*18*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn18)*.*

Confiese, pues, lo que sé de mí; confiese también lo que de mí ignoro; porque lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que de mí ignoro no lo sabré hasta tanto que *mis tinieblas* se conviertan *en mediodía ante tu presencia*[*19*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn19).

CAPITULO VI

**8.** No con conciencia dudosa, sino cierta, yo te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de *que sean inexcusables*[*20*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn20). Sin embargo, tú te compadecerás más altamente de quien te compadecieres y prestarás más tu misericordia con quien fueses misericordioso[21](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn21): de otro modo, el cielo y la tierra cantarían tus alabanzas a sordos.

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas, no manás ni mieles, no miembros atrayentes a las caricias de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una especie de luz, de voz, y de fragancia y de alimento y de caricia, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y caricia del *hombre* mío *interior*, donde resplandece a mi alma lo que el espacio no contiene; resuena lo que no arrebata consigo el tiempo; exhala sus perfumes lo que no se lleva el viento; saborea lo que no se consume comiendo, y donde la unión es tan firme que no la disuelve el hastío. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

**9.** Pero ¿y qué es entonces? Pregunté a la tierra y me dijo: «No soy yo»; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros». Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: «Se engaña Anaxímenes: yo no soy tu Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. «Tampoco somos nosotros el Dios que buscas», me respondieron.

Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: «Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él». Y exclamaron todas con grande voz: *Él nos ha hecho*[*22*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn22). Mi pregunta era mi mirada; su respuesta, su belleza.

Entonces me dirigí a mí mismo y me dije: «¿Tú quién eres?», y respondí: «Un hombre». He aquí, pues, que tengo en mí prestos un cuerpo y un alma; esta, *interior*; el otro, *exterior*. ¿Por cuál de éstos es por donde debí yo buscar a mi Dios, a quien ya había buscado por los cuerpos desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar los mensajeros rayos de mis ojos? Mejor, sin duda, es el elemento *interior*, porque a él es a quien comunican sus noticias todos los mensajeros corporales, como a presidente y juez, de las respuestas del cielo, de la tierra y de todas las cosas que en ellos se encierran, cuando dicen: «No somos Dios» y «Él nos ha hecho». El *hombre interior* es quien ha conocido estas cosas por ministerio del exterior; yo *interior* conocí estas cosas; yo, *Yo—Alma,* por medio del sentido de mi cuerpo.

Interrogué, finalmente, a la mole del mundo acerca de mi Dios, y ella me respondió: «Yo solo soy simple hechura suya».

**10.** Pero ¿no se muestra esta belleza a cuantos tienen entero el sentido? ¿Por qué, pues, no habla a todos lo mismo?

Los animales, pequeños y grandes, ven esta belleza; pero no pueden interrogarla, al no estar dotados de una razón que presida los sentidos y dictamine sobre ellos. Los hombres sí que pueden interrogarla, por *percibir por las cosas visibles las invisibles de Dios* (Rom 1,20)[*23*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn23). Sin embargo, el amor a las visibles les hace esclavos de ellas, y, una vez esclavizados, la razón ya no puede juzgar. Porque estas realidades creadas no responden a los que preguntan, sino a los que saben juzgar; ni cambian de voz, esto es, de aspecto, si uno ve solamente, y otro, además de ver, interroga, de modo que aparezca a uno de una manera y a otro de otra; sino que, apareciendo a ambos, es muda para el uno y habladora para el otro, o mejor dicho, habla a todos, mas sólo la entienden aquellos que contrastan su voz, que viene del exterior, con la verdad interior. Porque la verdad me dice: «No es tu Dios el cielo, ni la tierra, ni cuerpo alguno». Y esto mismo dice la naturaleza de éstos, a quien advierte que la masa es menor en su parte que en el todo. Por esta razón eres tú mejor que éstos; a ti te digo; ¡oh alma!, porque tú vivificas la masa de tu cuerpo prestándole vida, lo que ningún cuerpo puede prestar a otro cuerpo. Mas tu Dios es para ti hasta la Vida de tu vida.

CAPÍTULO VII

**[El alma vegetativa y sensitiva no llega a Dios]**

**11.** ¿Qué amo, pues, cuando yo amo a mi Dios? ¿Y quién es él sino el que está sobre la cabeza de mi alma? Por mi alma misma subiré, pues, a él. Trascenderé esta energía *(vis)* mía por la que estoy unido al cuerpo y llena su organismo de vida, pues no encuentro en ella a mi Dios. Porque, de encontrarle, le hallarían también *el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia*[*24*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn24), y que, sin embargo, tienen esta misma energía por la que viven igualmente sus cuerpos. Hay otra energía por la que no sólo vivifico, sino también sensibilizo a mi carne, y que el Señor me fabricó mandando al ojo que no oiga y al oído que no vea[25](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn25), sino a aquél que me sirva para ver, a éste para oír, y a cada uno de los otros sentidos lo que les es propio según su lugar y oficio; las cuales acciones diversas, las hago por su medio, yo que soy único ánimo. Pero trascenderé esta energía mía; porque también la poseen el caballo y el mulo, pues también ellos sienten por medio del cuerpo.

CAPÍTULO VIII

**[Los anchurosos palacios de la memoria]**

**12.** Trascenderé, pues, aun esta energía de mi naturaleza, ascendiendo gradualmente hacia mi creador.

Y entro en los campos y anchos palacios de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de toda clase de cosas acarreadas por los sentidos. Allí se halla escondido cuanto pensamos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de cualquier modo las cosas adquiridas por los sentidos, y todo cuanto se le ha encomendado y se halla allí depositado y no ha sido aún absorbido y sepultado por el olvido.

Cuando estoy allí pido que se me presente lo que quiero, y algunas cosas se presentan al momento; pero otras hay que buscarlas con más tiempo y como sacarlas de unos receptáculos ocultos; otras, en cambio, irrumpen en tropel, y cuando uno desea y busca otra cosa se ponen en medio, como diciendo: «¿No seremos nosotras?». Y las espanto yo del haz de mi memoria con la mano del corazón, hasta que se esclarece lo que quiero y salta a mi vista de su escondrijo.

Otras cosas hay que fácilmente y por su orden riguroso se presentan, según son llamadas, y ceden su lugar a las que les siguen, y cediéndolo son depositadas, para salir cuando de nuevo se deseare. Lo cual sucede puntualmente cuando narro alguna cosa de memoria.

**13.** Allí se hallan también guardadas de modo distinto y por sus géneros todas las cosas que entraron por su propia puerta, como la luz, los colores y las formas de los cuerpos, por la vista; por el oído, toda clase de sonidos; y todos los olores por la puerta de la nariz; y todos los sabores por la de la boca; y por el sentido del tacto que se extiende por todo el cuerpo, lo duro y lo blando, lo caliente y lo frío, lo suave y lo áspero, lo pesado y lo ligero, ya sea extrínseco, ya intrínseco al cuerpo. Todas estas cosas recibe, para recordarlas cuando fuere menester y volver sobre ellas, el gran receptáculo de la memoria, y no sé qué secretos e inefables senos suyos. Todas las cuales cosas entran en ella, cada una por su propia puerta, siendo almacenadas allí.

Ni son las mismas cosas las que entran, sino las imágenes (*imagines*) de las cosas sentidas, las cuales quedan allí a disposición del pensamiento que las recuerda. Pero ¿quién podrá decir cómo fueron formadas estas imágenes, aunque sea claro por qué sentidos fueron captadas y escondidas en el interior? Porque, cuando estoy en silencio y en tinieblas, me represento, si quiero, los colores, y distingo el blanco del negro, y todos los demás que quiero, sin que me salgan al encuentro los sonidos, ni me perturben lo que, extraído por los ojos, entonces considero, no obstante que ellos [los sonidos] estén allí, y como colocados aparte, permanezcan latentes. Porque también a ellos les llamo, si me place, y al punto se me presentan, y con la lengua inmóvil y callada la garganta, canto cuanto quiero, sin que las imágenes de los colores que se hallan allí se interpongan ni interrumpan mientras se revisa el tesoro que entró por los oídos.

Del mismo modo recuerdo, según me place, las demás cosas aportadas y acumuladas por los otros sentidos, y así, sin oler nada, distingo el aroma de los lirios del de las violetas; y, sin gustar ni tocar cosa sino sólo con el recuerdo, prefiero la miel al arrope [almíbar] y lo suave a lo áspero.

**14.** Todo esto lo hago yo interiormente en el aula inmensa de mi memoria. Allí se me ofrecen al punto el cielo y la tierra y el mar con todas las cosas que he percibido sensiblemente en ellos, a excepción de las que tengo ya olvidadas. Allí me encuentro con mí mismo y me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar, y de qué modo y cómo estaba afectado cuando lo hacía. Allí están todas las cosas que yo recuerdo haber experimentado o creído. De este mismo tesoro salen las semejanzas tan diversas unas de otras, bien experimentadas, bien creídas en virtud de las experimentadas, las cuales, cotejándolas con las pasadas, infiero de ellas acciones futuras, acontecimientos y esperanzas, todo lo cual lo pienso como presente. «Haré esto o aquello», digo entre mí en el seno ingente de mi alma, repleto de imágenes de tantas y tan grandes cosas; y esto o aquello se sigue. «¡Oh si sucediese esto o aquello!» «¡No quiera Dios esto o aquello!» Esto digo en mi interior, y al decirlo se me ofrecen al punto las imágenes de las cosas que digo de este tesoro de la memoria, porque si me faltasen, nada en absoluto podría decir de ellas.

**15.** Grande es esta energía de la memoria, grande sobremanera, Dios mío. Santuario amplio y sin fronteras. ¿Quién ha llegado a su fondo? Pero, con ser esta energía propia de mi alma y pertenecer a mi naturaleza, no soy yo capaz de abarcar totalmente lo que soy. De donde se sigue que es angosta el alma para contenerse a sí misma. Pero ¿dónde puede estar lo que de sí misma no cabe en ella? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Cómo es, pues, que no se puede abarcar?

Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos, ni se admiran de que todas estas cosas, que al nombrarlas no las veo con los ojos, no podría nombrarlas, si interiormente no viese en mi memoria los montes, y las olas, y los ríos, y los astros, percibidos ocularmente, y el océano, sólo creído; con dimensiones tan grandes como si las viese fuera. Y, sin embargo, no es que haya absorbido tales cosas al verlas con los ojos del cuerpo, ni que ellas se hallen dentro de mí, sino sus imágenes. Lo único que sé es por qué sentido del cuerpo he recibido la impresión de cada una de ellas.

CAPÍTULO IX

**[La memoria intelectual del conocimiento]**

**16.** Pero no son estas cosas las únicas que encierra la inmensa capacidad de mi memoria. Aquí están como en un lugar interior remoto, que no es lugar, todas aquellas **nociones** aprendidas de las artes liberales, que todavía no se han olvidado. Mas aquí no son ya las imágenes de ellas las que llevo, sino **las cosas mismas**. Porque yo sé qué es la gramática, la pericia dialéctica, y cuántos los géneros de cuestiones; y lo que de estas cosas sé, está de tal modo en mi memoria que no está allí como la imagen suelta de una cosa, cuya realidad se ha dejado fuera; o como la voz impresa en el oído, que suena y pasa, dejando un rastro de sí por el que la recordamos como si sonara, aunque ya no suene; o como el perfume que pasa y se desvanece en el viento, que afecta al olfato y envía su imagen a la memoria, la que repetimos con el recuerdo; o como el manjar, que, no teniendo en el vientre ningún sabor ciertamente, parece que lo tiene, sin embargo, en la memoria; o como algo que se siente por el tacto, que, aunque alejado de nosotros, lo imaginamos con la memoria. Porque todas estas cosas no son introducidas en la memoria, sino captadas solas sus imágenes con maravillosa rapidez y depositadas en unas maravillosas como celdas, de las cuales salen de modo maravilloso cuando se las recuerda.

CAPÍTULO X

**[Las ciencias en la memoria sin entrada por los sentidos]**

**17.** Pero cuando oigo decir que son tres los géneros de cuestiones —si la cosa es, qué es y cuál es—, retengo las imágenes de los sonidos de que se componen estas palabras, y sé que pasaron por el aire con estrépito y ya no existen. Pero las cosas mismas significadas por estos sonidos ni las he tocado jamás con ningún sentido del cuerpo, ni las he visto en ninguna parte fuera de mi alma, ni lo que he depositado en mi memoria son sus imágenes, sino las cosas mismas. Las cuales digan, si pueden, por dónde entraron en mí. Porque yo recorro todas las puertas de mi carne y no hallo por cuál de ellas han podido entrar. En efecto, los ojos dicen: «Si son coloradas, nosotros somos los que las hemos noticiado». Los oídos dicen: «Si hicieron algún sonido, nosotros las hemos indicado». El olfato dice: «Si son olorosas, por aquí han pasado». El gusto dice también: «Si no tienen sabor, no me preguntéis por ellas». El tacto dice: «Si no es cosa corpulenta, yo no la he tocado, y si no la he tocado, no he dado noticia de ella».

¿Por dónde, pues, y por qué parte han entrado en mi memoria? No lo sé. Porque cuando las aprendí, ni fue dando crédito a otros, sino que las reconocí en mi alma y las aprobé por verdaderas y se las encomendé a ésta, como en depósito, para sacarlas cuando quisiera. Allí estaban, pues, y aun antes de que yo las aprendiese; pero no en la memoria. ¿En dónde, pues, o por qué, al ser nombradas, las reconocí y dije: «Así es, es verdad», sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan retiradas y sepultadas como si estuvieran en cuevas muy ocultas, y tanto que, si alguno no las suscitara para que saliesen, tal vez no las hubiera podido pensar?

CAPÍTULO XI

**El ordenado museo de la memoria: qué es aprender**

**18.** Por aquí descubrimos que aprender estas cosas —de las que no recibimos imágenes por los sentidos, sino que, sin imágenes, como ellas son, las vemos interiormente en sí mismas— no es otra cosa sino un como recoger con el pensamiento las cosas que ya contenía la memoria aquí y allí y confusamente, y cuidar con la atención que estén como puestas a la mano en la memoria, para que, donde antes se ocultaban dispersas y descuidadas, se presenten ya fácilmente a una atención familiar. ¡Y cuántas cosas de este orden no encierra mi memoria que han sido ya descubiertas y, conforme dije, puestas como a la mano, que decimos haber aprendido y conocido! Estas mismas cosas, si las dejara de recordar de tiempo en tiempo, de tal modo vuelven a sumergirse y sepultarse en sus más ocultos penetrales, que es preciso, como si fuesen nuevas, excogitarlas segunda vez en este lugar —porque no tienen otra estancia— y juntarlas de nuevo para que puedan ser sabidas, esto es, recogerlas como de cierta dispersión, de donde vino la palabra *cogitare;* porque *cogito (pensar)* es frecuentativo de *cogo (recoger)* como *agito (agitar)* lo es de *ago (mover)* y *factito (hacer frecuentemente)* de *facio (hacer)*. Sin embargo, la inteligencia ha reivindicado en propiedad esta palabra para sí, de tal modo que ya no se diga propiamente *cogitari (ser recogido)* de lo que se recoge *(colligitur),* esto es, de lo que se junta *(cogitur)* en un lugar cualquiera, sino en el alma como es pensar *(cogitare)*.

CAPÍTULO XII

**Memoria de los conceptos matemáticos**

**19.** También contiene la memoria las razones y leyes infinitas de los números y dimensiones, ninguna de las cuales ha sido impresa en ella por los sentidos del cuerpo, por no tener color, ni sonido, ni olor, ni haber sido gustadas ni tocadas. Oí los sonidos de las palabras con que fueron significadas cuando se disputaba de ellas; pero una cosa son los sonidos, otra muy distinta las significaciones. Porque aquéllos suenan de un modo en griego y de otro modo en latín; mas éstas ni son griegas, ni latinas, ni de ningún otro idioma.

He visto líneas trazadas por arquitectos tan sumamente tenues como un hilo de araña. Mas aquéllas [las líneas matemáticas] son distintas de éstas, pues no son imágenes de las que me entran por los ojos de la carne, y sólo las conoce quien interiormente las reconoce sin mediación de pensamiento alguno corpóreo. También he percibido por todos los sentidos del cuerpo los números que numeramos; pero otros muy diferentes son aquellos con que numeramos, los cuales no son imágenes de éstos, poseyendo por 1o mismo un ser mucho más excelente. Ríase de mí, al decir estas cosas, quien no las vea, que yo tendré compasión de quien se ría de mí.

DA QUI REVISIONE 15 06 2022

CAPÍTULO XIII

**Memoria de los actos de la memoria**

**20.** Todas estas cosas las tengo yo en la memoria, como tengo en la memoria el modo como las aprendí. También tengo en ella muchas objeciones que he oído aducir falsísimamente en las disputas contra ellas, las cuales, aunque falsas, no es falso, sin embargo, el haberlas recordado y haber hecho distinción entre aquéllas, verdaderas, y éstas, falsas, aducidas en contra. También retengo esto en la memoria, y veo que una cosa es la distinción que yo hago al presente y otra el recordar haber hecho muchas veces tal distinción, tantas cuantas pensé en ellas. En efecto, yo recuerdo haber entendido esto muchas veces, y lo que ahora discierno y entiendo lo deposito también en la memoria, para que después recuerde haberlo entendido al presente. Finalmente, me acuerdo de haberme acordado; como después, si recordase lo que ahora he podido recordar, ciertamente lo recordaré por la fuerza de la memoria.

CAPÍTULO XIV

**La memoria y los sentimientos del alma**

**21.** También se hallan los sentimientos de mi alma en la memoria, no del modo como están en el alma cuando los padece, sino de otro muy distinto, como se tiene la virtud de la memoria respecto de sí. Porque, no estando alegre, recuerdo haberme alegrado; y no estando triste, recuerdo mi tristeza pasada; y no temiendo nada, recuerdo haber temido alguna vez; y no codiciando nada, haber codiciado en otro tiempo. Y al contrario, otras veces, estando alegre, me acuerdo de mi tristeza pasada, y estando triste, de la alegría que tuve. Lo cual no es de admirar respecto del cuerpo, porque una cosa es el alma y otra el cuerpo; y así no es maravilla que, estando yo gozando en el alma, me acuerde del pasado dolor del cuerpo.

Pero aquí, siendo la memoria parte del alma —pues cuando mandamos retener algo de memoria, decimos: «Mira que lo tengas en el alma», y cuando nos olvidamos de algo, decimos: «No estuvo en mi alma» y «Se me fue del alma», denominando alma a la memoria misma—, siendo esto así, digo, ¿en qué consiste que, cuando recuerdo alegre mi pasada tristeza, mi alma siente alegría y mi memoria tristeza, estando mi alma alegre por la alegría que hay en ella, sin que esté triste la memoria por la tristeza que hay en ella? ¿Por ventura no pertenece al alma? ¿Quién osará decirlo? ¿Es acaso la memoria como el vientre del alma, y la alegría y tristeza como un manjar, dulce o amargo; y que una vez encomendadas a la memoria son como las cosas transmitidas al vientre, que pueden ser guardadas allí, mas no gustadas? Ridículo sería asemejar estas cosas con aquéllas; sin embargo, no son del todo desemejantes.

**22.** Mas he aquí que, cuando digo que son cuatro los sentimientos o pasiones del alma: deseo, alegría, miedo y tristeza, de la memoria lo saco; y cuanto sobre ellas pudiera disputar, dividiendo cada una en particular en las especies de sus géneros respectivos y definiéndolas, allí encuentro lo que he de decir y de allí lo saco, sin que cuando las conmemoro recordándolas sea perturbado con ninguna de dichas afecciones; y ciertamente, allí estaban antes que yo las recordase y volviese sobre ellas; por eso pudieron ser tomadas de allí mediante el recuerdo. ¿Quizá, pues, son sacadas de la memoria estas cosas recordándolas, como del vientre el manjar rumiando? Mas entonces, ¿por qué no se siente en la boca del pensamiento del que disputa, esto es, de quien las recuerda, la dulzura de la alegría o la amargura de la tristeza? ¿Acaso es porque la comparación que hemos puesto, no semejante en todo, es precisamente desemejante en esto? Porque ¿quién querría hablar de tales cosas si cuantas veces nombramos el miedo o la tristeza nos viésemos obligados a padecer tristeza o temor?

Y, sin embargo, ciertamente no podríamos nombrar estas cosas si no encontrásemos en nuestra memoria no sólo los sonidos de los nombres según las imágenes impresas en ella por los sentidos del cuerpo, sino también las nociones de las cosas mismas, las cuales no hemos recibido por ninguna puerta de la carne, sino que la misma alma, sintiéndolas por la experiencia de sus pasiones, las encomendó a la memoria, o bien ésta misma, sin haberle sido encomendadas, las retuvo para sí.

CAPÍTULO XV

**Memoria de las cosas ausentes**

**23.** Pero, si es por medio de imágenes o no, ¿quién lo podrá fácilmente decir?

En efecto: nombro la piedra, nombro el sol; y no estando estas cosas presentes a mis sentidos, están ciertamente presentes en mi memoria sus imágenes. Nombro el dolor del cuerpo, que no se halla presente en mí, porque no me duele nada, y, sin embargo, si su imagen no estuviera en mi memoria, no sabría lo que decía, ni en las disputas sabría distinguirle del deleite. Nombro la salud del cuerpo, estando sano de cuerpo: en este caso tengo presente la cosa misma; sin embargo, si su imagen no estuviese en mi memoria, de ningún modo recordaría lo que quiere significar el sonido de este nombre; ni los enfermos, nombrada la salud, entenderían qué era lo que se les decía, si no tuviesen en la memoria su imagen, aunque la realidad de ella esté lejos de sus cuerpos. Nombro los números con que contamos, y he aquí que ya están en mi memoria, no sus imágenes, sino ellos mismos. Nombro la imagen del sol, y se presenta ésta en mi memoria, mas lo que recuerdo no es una imagen de su imagen, sino esta misma, la cual se me presenta cuando la recuerdo. Nombro la memoria y conozco lo que nombro; pero ¿dónde lo conozco, si no es en la memoria misma? ¿Acaso también ella está presente a sí misma por medio de su imagen y no por sí misma?

CAPÍTULO XVI

**La memoria del olvido**

**24.** ¿Y qué cuando nombro el olvido y al mismo tiempo tengo conocimiento de lo que nombro? ¿De dónde podría conocerlo yo si no lo recordase? No hablo del sonido de esta palabra, sino de la cosa que significa, la cual, si la hubiese olvidado, no podría saber el valor de tal sonido. Cuando, pues, me acuerdo de la memoria, la misma memoria es la que se me presenta y a sí por sí misma; pero cuando recuerdo el olvido, se me hacen presentes la memoria y el olvido: la memoria con que me acuerdo y el olvido de que me acuerdo. Pero ¿qué es el olvido sino privación de memoria? Pues ¿cómo está presente en la memoria para acordarme de él, siendo así que estando presente no puedo recordarlo? Pero si es cierto que lo que recordamos lo retenemos en la memoria, y que, si no recordásemos el olvido, de ningún modo podríamos, al oír su nombre, saber lo que por él se significa, síguese que la memoria retiene el olvido. Luego está presente para que no olvidemos la cosa que olvidamos cuando se presenta. ¿Deduciremos de esto que cuando lo recordamos no está presente en la memoria por sí mismo, sino por su imagen, puesto que, si estuviese presente por sí mismo, el olvido no haría que nos acordásemos, sino que nos olvidásemos? Mas al fin, ¿quién podrá indagar esto? ¿Quién comprenderá su modo de ser?

**25.** Ciertamente, Señor, trabajo en ello y trabajo en mí mismo, y me he hecho a mí mismo tierra de dificultad y de excesivo sudor[26](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn26). Porque no exploramos ahora las regiones del cielo, ni medimos las distancias de los astros, ni buscamos los cimientos de la tierra; soy yo el que recuerdo, yo el alma. No es gran maravilla si digo que está lejos de mí cuanto no soy yo; en cambio, ¿qué cosa más próxima a mí que yo mismo? Con todo, he aquí que, no siendo este «mí» cosa distinta de mi memoria, no comprendo la fuerza de ésta.

Pues ¿qué diré, cuando estoy cierto de que yo recuerdo el olvido? ¿Diré acaso que no está en mi memoria lo que recuerdo? ¿O tal vez habré de decir que el olvido está en mi memoria para que no me olvide? Ambas cosas son absurdísimas. ¿Qué decir de lo tercero? Mas ¿con qué fundamento podré decir que mi memoria retiene las imágenes del olvido, no el mismo olvido, cuando lo recuerda? ¿Con qué fundamento, repito, podré decir esto, siendo así que cuando se imprime la imagen de alguna cosa en la memoria es necesario que primeramente esté presente la misma cosa, para que con ella pueda grabarse su imagen? Porque así es como me acuerdo de Cartago y así de todos los demás lugares en que he estado; así del rostro de los hombres que he visto y de las noticias de los demás sentidos; así de la salud o dolor del cuerpo mismo; las cuales cosas, cuando estaban presentes, tomó de ellas sus imágenes la memoria, para que, mirándolas yo presentes, las repasase en mi alma cuando me acordase de dichas cosas estando ausentes.

Ahora bien, si el olvido está en la memoria en imagen no por sí mismo, es evidente que tuvo que estar éste presente para que fuese abstraída su imagen. Pero cuando estaba presente, ¿cómo esculpía en la memoria su imagen, siendo así que el olvido borra con su presencia lo ya impreso? Y, sin embargo, de cualquier modo que ello sea —aunque este modo sea incomprensible e inefable—, yo estoy cierto que recuerdo el olvido mismo con que se sepulta lo que recordamos.

CAPÍTULO XVII

**[Trascender la memoria para llegar a Dios]**

**26.** Grande es la energía *(vis)* de la memoria y algo que me causa estupor, Dios mío: multiplicidad infinita y profunda. Y esto es el alma y esto soy yo mismo. ¿Qué soy, pues, Dios mío? ¿Qué naturaleza soy? Vida varia y multiforme y sobremanera inmensa. Vedme aquí en los campos y antros e innumerables cavernas de mi memoria, llenas innumerablemente de géneros innumerables de cosas, ya por sus imágenes, como las de todos los cuerpos; ya por presencia, como las de las artes; ya por no sé qué nociones o notaciones, como las de los afectos del alma, las cuales, aunque el alma no las padezca, las tiene la memoria, por estar en el alma cuanto está en la memoria. Por todas estas cosas discurro y vuelo de aquí para allá y penetro cuando puedo, sin que dé con el fin en ninguna parte. ¡Tanta es el poder de la memoria, tanto es el poder de la vida en un hombre que vive mortalmente!

¿Qué haré, pues, oh tú, vida mía verdadera, Dios mío? ¿Trascenderé también esta energía mía que se llama memoria? ¿La trascenderé para llegar a ti, luz dulcísima? ¿Qué dices? He aquí que ascendiendo por el alma hacia ti, que estás encima de mí, trascenderé también esta facultad mía que se llama memoria, queriendo tocarte por donde puedes ser tocado y adherirme a ti por donde puedes ser adherido. Porque también las bestias y las aves tienen memoria, puesto que de otro modo no volverían a sus madrigueras y nidos, ni harían otras muchas cosas a las que se acostumbran, pues ni aun acostumbrarse pudieran a ninguna si no fuera por la memoria. Trascenderé, pues, aun la memoria para llegar a aquel que me separó de los cuadrúpedos y me hizo más sabio que las aves del cielo; trascenderé, sí, la memoria. Pero ¿dónde te encontraré, ¡oh, tú, verdaderamente bueno y suavidad segura!, dónde te encontraré? Porque si te hallo fuera de mi memoria, olvidado me he de ti, y si no me acuerdo de ti, ¿cómo ya te podré encontrar?

CAPÍTULO XVIII

**El reconocimiento supone conocimiento**

**27.** Perdió la mujer la dracma y la buscó con la linterna; pero si no la hubiese recordado, no la encontraría tampoco; porque si no se acordara de ella[27](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn27), ¿cómo podría saber, al encontrarla, que era la misma?

Yo recuerdo también haber buscado y encontrado muchas cosas perdidas; y sé esto porque cuando buscaba alguna de ellas y se me decía: «¿Es por fortuna esto?», «¿Es acaso aquello? », siempre decía que «no», hasta que se me ofrecía la que buscaba, de la cual, si yo no me acordara, fuese la que fuese, aunque se me ofreciera, no la hallara, porque no la reconociera. Y siempre que perdemos y encontramos algo sucede lo mismo.

Sin embargo, si alguna cosa desaparece de la vista por casualidad —no de la memoria—, como sucede con un cuerpo cualquiera visible, se conserva interiormente su imagen y se busca aquél hasta que es devuelto a la vista; el cual, al ser hallado, es reconocido por la imagen que llevamos dentro. Ni decimos haber hallado lo que había perecido si no lo reconocemos, ni lo podemos reconocer si no lo recordamos; pero esto, aunque ciertamente había perecido para los ojos, pero era retenido en la memoria.

CAPÍTULO XIX

**Qué es la reminiscencia**

**28.** ¿Y qué cuando es la misma memoria la que pierde algo, como sucede cuando olvidamos alguna cosa y la buscamos para recordarla? ¿Dónde al fin la buscamos sino en la misma memoria? Y si por casualidad aquí se ofrece una cosa por otra, la rechazamos hasta que se presenta lo que buscamos. Y cuando se presenta decimos: «Esto es»; lo cual no dijéramos si no la reconociéramos, ni la reconoceríamos si no la recordásemos. Ciertamente, pues, la habíamos olvidado. ¿Acaso era que no había desaparecido del todo, y por la parte que era retenida buscaba la otra parte? Porque la memoria sentía no revolver conjuntamente las cosas que antes conjuntamente solía, y como cojeando por la truncada costumbre, pedía que se le devolviese lo que le faltaba: algo así como cuando vemos o pensamos en una persona conocida, y, olvidados de su nombre, nos ponemos a buscarle, a quien no le aplicamos cualquier otro distinto que se nos ofrezca, porque no tenemos costumbre de haberle pensado con él, por lo que los rechazamos todos hasta que se presenta aquel nombre con que, por ser el acostumbrado y conocido, descansamos plenamente.

Pero este nombre, ¿de dónde surge sino de la memoria misma? Porque si alguien nos lo sugiere, el reconocerlo surge de aquí, de la memoria. Porque no lo aceptamos como cosa nueva, sino que, recordándolo, aprobamos ser lo que se nos ha dicho, ya que, si se borrase plenamente del alma, ni aun advertidos lo recordaríamos.

No se puede, pues, decir que nos olvidamos totalmente, puesto que nos acordamos al menos de habernos olvidado y de ningún modo podríamos buscar lo perdido que absolutamente hemos olvidado.

CAPÍTULO XX

**Buscando la vida feliz tras la memoria**

**29.** ¿Y a ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a ti, Dios mío, la vida bienaventurada busco. Que te busque yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma [espíritu], mi alma vive de ti. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada —porque no la poseeré hasta que diga «Basta» allí donde conviene que lo diga—, cómo la busco, pues? ¿Acaso por medio de la reminiscencia, como si la hubiera olvidado, pero conservado el recuerdo del olvido? ¿O tal vez por el deseo de saber una cosa ignorada, sea por no haberla conocido, sea por haberla olvidado hasta el punto de olvidarme de haberme olvidado?

¿Pero acaso no es la vida feliz la que todos apetecen, sin que haya ninguno que no la desee? Pues ¿dónde la conocieron para así quererla? ¿Dónde la vieron para amarla? Ciertamente que tenemos su imagen no sé de qué modo. Pero es diverso el modo de serlo: el que es feliz por poseer realmente la felicidad y los que son felices en esperanza. Sin duda que éstos la poseen de modo inferior a aquellos que son felices en realidad; con todo, son mejores que aquellos otros que ni en realidad ni en esperanza son felices; los cuales, sin embargo, no desearan tanto ser felices si no poseyeran la felicidad en algún grado; porque que desean ser felices es certísimo. Yo no sé cómo han tenido conocimiento de ella, y, consiguientemente, ignoro qué noción tienen de ella, sobre la cual noción deseo ardientemente saber si reside en la memoria; porque si está en ésta, ya fuimos en algún tiempo felices. No me preocupa por el momento investigar si todos individualmente o en aquel hombre que primero pecó, y en el cual todos morimos y de quien todos hemos nacido con miseria. Lo que ahora me interesa es saber si la vida feliz está en la memoria; porque ciertamente que no la amaríamos si no la conociéramos. Oímos este nombre y todos confesamos que apetecemos la realidad misma; porque no es el sonido lo que nos deleita, ya que éste, cuando lo oye un griego en latín, no le causa ningún deleite, por ignorar su significado; en cambio, nos lo causa a nosotros —como se lo causaría también al griego si se la nombrasen en griego—, porque la felicidad misma ni es griega ni latina, y ésta es la que desean poseer griegos y latinos, y las personas de todas las lenguas.

Luego es de todos conocida aquélla; y si pudiesen ser interrogados «si querían ser felices», todos a una responderían sin vacilaciones que querían serlo. Lo cual no podría ser si la cosa misma, cuyo nombre es felicidad, no estuviese en su memoria.

CAPÍTULO XXI

**La noción de la felicidad en la memoria**

**30.** ¿Acaso está así como recuerda a Cartago quien la ha visto? No; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, porque no es cuerpo. ¿Acaso como recordamos los números? No; porque el que tiene noticia de éstos no desea ya alcanzarlos; en cambio, la vida bienaventurada, aunque la tenemos en conocimiento y por eso la amamos, con todo, la deseamos alcanzar, a fin de ser felices.

¿Tal vez como recordamos la elocuencia? Tampoco; porque aunque al oír este nombre se acuerdan de su realidad aquellos que aún no son elocuentes —y son muchos los que desean serlo, por donde se ve que tienen noticia de ella—, sin embargo, esta noticia les ha venido por los sentidos del cuerpo, viendo a otros elocuentes, y deleitándose con ellos, y deseando ser como ellos, aunque ciertamente no se deleitaran si no fuera por la noticia interior que tienen de ella, ni desearan esto si no se hubiesen deleitado; y la vida bienaventurada no la hemos experimentado en otros por ningún sentido.

¿Será por ventura como cuando recordamos el gozo? Tal vez sea así. Porque así como estando triste recuerdo mi gozo pasado, así siendo miserable recuerdo la vida bienaventurada; por otra parte, por ningún sentido del cuerpo he visto, ni oído, ni olfateado, ni gustado, ni tocado jamás el gozo, sino que lo he experimentado en mi alma cuando he estado alegre, y se adhirió su noticia a mi memoria para que pudiera recordarlo, unas veces con desprecio, otras con deseo, según los diferentes objetos del mismo de que recuerdo haberme gozado.

Porque también me sentí en algún tiempo inundado de gozo de cosas torpes, recordando el cual ahora lo detesto y execro, así como otras veces de cosas honestas y buenas, el cual lo recuerdo deseándolo; aunque tal vez uno y otro estén ausentes, y por eso recuerde estando triste el pasado gozo.

**31.** Pues ¿dónde y cuándo he experimentado yo mi vida bienaventurada, para que la recuerde, la ame y la desee? Porque no sólo yo, o yo con unos pocos, sino todos absolutamente quieren ser felices, lo cual no deseáramos con tan cierta voluntad si no tuviéramos de ella noticia cierta.

Pero ¿en qué consiste que si se pregunta a dos individuos si quieren ser militares, tal vez uno de ellos responda que quiere y el otro que no quiere, y, en cambio, si se les pregunta a ambos si quieren ser felices, uno y otro al punto y sin vacilación alguna respondan que lo quieren y que no por otro fin que por ser felices quiere el uno la milicia y el otro no la quiere? ¿No será tal vez porque el uno se goza en una cosa y el otro en otra? De este modo concuerdan todos en querer ser felices, como concordarían, si fuesen preguntados de ello, en querer gozar, gozo al cual llaman vida bienaventurada. Y así, aunque uno la alcance por un camino y otro por otro, uno es, sin embargo, el término adonde todos se empeñan por llegar: **gozar**. Lo cual, por ser cosa que nadie puede decir que no ha experimentado, cuando oye el nombre de «vida bienaventurada », hallándola en la memoria, la reconoce.

CAPÍTULO XXII

**La vida bienaventurada es «gozar de ti, para ti y por ti»**

**32.** Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que se confiesa a ti, lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres tú mismo. Y la misma vida bienaventurada es —y no otra cosa— que gozar de ti, para ti y por ti *(gaudere de te, ad te, propter te)*. Pero los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo.

CAPÍTULO XXIII

**La vida feliz es el «gozo de la verdad»**

**33.** No es, pues, cierto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de ti, que eres la única vida feliz, no quieren realmente la vida feliz. ¿O es acaso que todos la quieren, pero como *la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne para que no hagan lo que quieren*[*28*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn28), caen sobre lo que pueden y con ello se contentan, porque aquello que no pueden no lo quieren tanto cuanto es menester para poderlo?

Porque, si yo pregunto a todos si por ventura querrían gozarse más de la verdad que de la falsedad, tan no dudarían en decir que prefieren gozar más de la verdad cuanto no dudan en decir que quieren ser felices. **La vida feliz es, pues, gozo de la verdad *(beata vita, gaudium de veritate),***porque éste es gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios, *luz mía, salud de mi rostro, Dios mío!*[*29*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn29) Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; **todos quieren el gozo de la verdad *(gaudium de veritate).***

Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieran ser engañados, a ninguno. ¿Dónde conocieron, pues, esta vida feliz sino allí donde conocieron la verdad? Porque también aman a ésta por no querer ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad *(de veritate gaudium),* ciertamente aman la verdad; mas no la amaran si no hubiera en su memoria noticia alguna de ella. ¿Por qué, pues, no se gozan de ella? ¿Por qué no son felices? Porque se ocupan más intensamente en otras cosas que les hacen más infelices *(miseros)* que felicidad les causa la vida feliz de la que solo guardan un leve recuerdo.

Pues *todavía hay un poco de luz* en los hombres: caminen, caminen; *no se les echen encima las tinieblas*[*30*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn30).

**34.** Pero ¿por qué «la verdad genera el odio» y se les hace enemigo tu nombre, que les predica la verdad, amando como aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad? No por otra cosa sino porque de tal modo se ama la verdad, que quienes aman otra cosa que ella quisieran que esto que aman fuese la verdad. Y como no quieren ser engañados, tampoco quieren ser convictos de error; y así, odian la verdad por causa de aquello mismo que aman en lugar de la verdad.

La aman cuando brilla, la odian cuando les reprende; y porque no quieren ser engañados y gustan de engañar, la aman cuando se descubre a sí y la odian cuando les descubre a ellos. Pero ella les dará su merecido, descubriéndolos contra su voluntad; ellos, que no quieren ser descubiertos por ella, sin que a su vez ésta se les manifieste.

Así, así, aun así el alma humana, aun así ciega y lánguida, torpe e indecente, quiere estar oculta, no obstante que no quiera que se le oculte nada. Pero lo que le sucederá es que ella quedará descubierta ante la verdad sin que ésta se descubra a ella. Pero aun así, infeliz *(miser)* como es, quiere más gozarse con la verdad que con la mentira.

Bienaventurado será, pues, si libre de todo impedimento se alegra de sola la verdad, por quien son verdaderas todas las realidades.

CAPÍTULO XXIV

**Dios en la memoria**

**35.** Ved aquí cuánto me he extendido por mi memoria buscándote a ti, Señor; y no te encontré fuera de ella. Porque, desde que te conocí no he hallado nada de ti de que no me haya acordado; pues desde que te conocí no me he olvidado de ti. Porque allí donde hallé la verdad, allí encontré a mi Dios, la misma verdad, la cual no he olvidado desde que la conocí. Así, pues, desde que te conocí, permaneces en mi memoria y aquí te hallo cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti. Estas son las santas delicias mías que tú me donaste por tu misericordia, poniendo los ojos en mi pobreza.

CAPÍTULO XXV

**En qué lugar de la memoria está Dios**

**36.** Pero ¿en dónde moras en mi memoria, Señor; en dónde permaneces en ella? ¿Qué morada te has construido para ti en ella? ¿Qué santuario te has edificado? Tú has otorgado a mi memoria este honor de permanecer en ella; pero en qué parte de ella permaneces es de lo que ahora voy a tratar.

Porque cuando te recordaba, por no hallarte entre las imágenes de las cosas corpóreas, traspasé aquellas sus partes que tienen también las bestias, y llegué a aquellas otras partes suyas en donde tengo depositadas las afecciones del alma, y ni aun allí te encontré. Y penetré en la misma sede que mi propia alma tiene en mi memoria —porque también el alma se acuerda de sí misma—, y ni aun aquí estabas tú; porque así como no eres imagen corporal ni sentimiento vital, como es el que se siente cuando nos alegramos, entristecemos, deseamos, tememos, recordamos, olvidamos y demás cosas por el estilo, así tampoco tú eres alma, porque eres el Señor Dios del alma, y todas estas cosas se mudan, mientras que tú permaneces inconmutable sobre todas las cosas, habiéndote dignado habitar en mi memoria desde que te conocí.

Pero ¿por qué busco el lugar de ella en que habitas, como si hubiera lugares allí? Ciertamente habitas en ella, porque me acuerdo de ti desde que te conocí, y en ella te encuentro cuando te recuerdo.

CAPÍTULO XXVI

**Dónde encontró Agustín a Dios**

**37.** Pues ¿dónde te encontré para conocerte —porque ciertamente no estabas en mi memoria antes que te conociese—, dónde te encontré, pues, para conocerte, sino en ti sobre mí? No hay absolutamente lugar, y nos apartamos y nos acercamos, y, no obstante, no hay absolutamente lugar. ¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan, y a un tiempo respondes a todos los que te consultan, aunque sean cosas diversas. Claramente tú respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. Óptimo ministro tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere.

CAPÍTULO XXVII

**«¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»**

**38.** ¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! *(sero te amavi...)*. Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

HASTA AQUÍ SELECCIÓN FIL MED

CAPÍTULO XXVIII

**Miserias de esta vida**

**39.** Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Pero ahora, como al que tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti.

Contienden mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas, dignas de alegría, y no sé de qué parte está la victoria. Contienden mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé de qué parte está la victoria. *¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! ¡Ay de mí!*[*31*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn31)

He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable. ¿*Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra?*[*32*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn32) ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas tolerarlos, no amarlos. Nadie ama lo que tolera, aunque ame el tolerarlo. Porque, aunque goce en tolerarlo, más quisiera, sin embargo, que no hubiese cosa que tolerar.

En las cosas adversas deseo las prósperas, en las cosas prósperas temo las adversas. ¿Qué lugar intermedio hay entre estas cosas en el que *la vida humana* no sea *una tentación?* ¡Ay de las prosperidades mundanas una y dos veces: por el temor de la adversidad y la corrupción de la alegría! ¡Ay de las adversidades mundanas una, dos y tres veces: por el deseo de la prosperidad y por la dureza de la misma adversidad y por el riesgo de perder la paciencia! ¿Acaso no *es tentación* ininterrumpida *la vida humana sobre la tierra?*

CAPÍTULO XXIX

**«Dame lo que mandas y manda lo que quieras»**

**40.** Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras *(da quod iubes et iube quod vis)*. Nos mandas que seamos continentes. Y *como yo supiese* —dice uno— *que ninguno puede ser continente si Dios no se lo da, entendí que también esto mismo era parte de la sabiduría, conocer de quién es este don*[*33*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn33)*.*

Por la continencia, en efecto, somos juntados y reducidos a la unidad, de la que nos habíamos apartado, derramándonos en muchas cosas. Porque menos te ama quien ama algo contigo y no lo ama por ti.

¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingues! Caridad, Dios mío, enciéndeme. ¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras *(da quod iubes et iube quod vis)*.

CAPÍTULO XXX

**Sueños impuros**

**41.** Ciertamente tú mandas que me abstenga de la *concupiscencia de la carne, de la codicia de los ojos y de la ambición del mundo*[*34*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn34). Mandaste que me abstuviese del concúbito, y aun respecto del matrimonio mismo aconsejaste algo mejor de lo que concediste como lícito. Y porque tú me concediste esta gracia, lo logré, incluso antes de ser *dispensador de tu sacramento*[*35*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn35).

Pero aún viven en mi memoria, de la que he hablado mucho, las imágenes de tales cosas, que mi costumbre fijó en ella, y me salen al encuentro cuando estoy despierto, apenas ya sin fuerzas; pero en sueños llegan no sólo a la delectación, sino también al consentimiento y a una acción en todo semejante a la real. Y tanto puede la ilusión de aquella imagen en mi alma, en mi carne, que estando durmiendo llegan estas falsas visiones a persuadirme de lo que estando despierto no logran las cosas verdaderas. ¿Acaso entonces, Señor Dios mío, yo no soy yo? Y, sin embargo, ¡cuánta diferencia hay entre yo y mí mismo en el momento en que paso de la vigilia al sueño o de éste a aquélla! ¿Dónde está entonces la razón por la que el despierto resiste a tales sugestiones y, aunque se le introduzcan las mismas realidades, permanece inconmovible? ¿Acaso se cierra aquélla con los ojos? ¿Acaso se duerme con los sentidos del cuerpo?

Pero ¿de dónde viene que muchas veces, aun en sueños, resistamos, acordándonos de nuestro propósito, y, permaneciendo castísimamente en él, no damos ningún asentimiento a tales sugestiones? Y, sin embargo, hay tanta diferencia, que, cuando sucede al revés, al despertar volvemos a la paz de la conciencia, y la distancia que hallamos entre ambos estados nos convence de no haber hecho nosotros aquello que lamentamos que se ha hecho de algún modo en nosotros.

**42.** ¿Acaso no es poderosa tu mano, ¡oh Dios omnipotente!, para sanar todos las dolencias de mi alma y extinguir con más abundante gracia hasta los mismos movimientos lascivos de mi fantasía? Tú aumentarás, Señor, más y más en mí tus dones, para que mi alma me siga a mí hacia ti, libre del visco de la concupiscencia, para que no sea rebelde a sí misma, para que aun en sueños no sólo no perpetre estas torpezas de corrupción a causa de las imágenes animales hasta el flujo de la carne, sino para que ni aun siquiera consienta. Porque el que nada tal me deleite o me deleite tan poquito que pueda ser cohibido a voluntad hasta en el casto afecto del que duerme, no sólo en esta vida, sino también en esta edad, no es cosa grande para un ser omnipotente como tú, que *puedes otorgarnos más de lo que pedimos y entendemos*[*36*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn36)*.*

Qué sea, pues, al presente en este género de mal, ya te lo he dicho a ti, mi buen Señor, alegrándome con temblor[37](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn37) por lo que me has dado y llorando por lo que aún me falta, esperando que darás perfección en mí a tus misericordias, hasta lograr paz completa, que contigo tendrán mi interior y mi exterior *cuando fuere la muerte trocada en victoria*[*38*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn38).

CAPÍTULO XXXI

**La tentación de la gula**

**43.** *Otra malicia tiene el día*[*39*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn39), y ¡ojalá que le bastase! Porque hemos de reparar comiendo y bebiendo las pérdidas cotidianas del cuerpo, en tanto no destruyas los alimentos y el vientre, cuando dieres muerte a la necesidad con una maravillosa saciedad y vistieres *a este cuerpo corruptible de* eterna *incorrupción*[*40*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn40)*.*

Pero ahora me es grata la necesidad y tengo que luchar contra esta dulzura para no ser esclavo de ella, y la combato todos los días con muchos ayunos, *reduciendo a servidumbre a mi cuerpo*[*41*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn41)*;* más mis molestias se ven arrojadas por el placer. Porque el hambre y la sed son molestias, queman y, como la fiebre, dan muerte si el remedio de los alimentos no viene en su ayuda; y como éste está pronto, gracias al consuelo de tus dones, entre los cuales están la tierra, el agua y el cielo, que haces sirvan a nuestra flaqueza, se llama delicias a semejante calamidad.

**44.** Tú me enseñaste esto: que me acerque a los alimentos que he de tomar como si fueran medicamentos. Mas he aquí que cuando paso de la molestia de la necesidad al descanso de la saciedad, en el mismo paso me tiende insidias el lazo de la concupiscencia, porque el mismo paso es ya un deleite, y no hay otro paso por donde pasar que aquel por donde nos obliga a pasar la necesidad. Y siendo la salud la causa del comer y beber, se le junta como pedísecua una peligrosa delectación, y muchas veces pretende ir delante para que se haga por ella lo que por causa de la salud digo o quiero hacer.

Ni es el mismo el modo de ser de ambas cosas, porque lo que es bastante para la salud es poco para la delectación, y muchas veces no se sabe si el necesario cuidado del cuerpo es el que pide dicho socorro o es el deleitoso engaño del apetito quien solicita se le sirva. Ante esta incertidumbre se alegra la infeliz alma y con ella prepara la defensa de su escusa, gozándose de que no aparezca qué es lo que basta para la conservación de la buena salud, a fin de encubrir con pretexto de ésta la satisfacción de deleite. A tales tentaciones procuro resistir todos los días e invoco tu diestra y te confieso mis perplejidades, porque mi parecer sobre este asunto no es aún suficientemente sólido.

**45.** Oigo la voz de mi Dios, que manda: *No se agraven vuestros corazones en la crápula y embriaguez*[*42*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn42). La embriaguez está lejos de mí; tu misericordia hará que no se me acerque. Pero la crápula llega algunas veces a deslizarse en tu siervo 29. Tú tendrás misericordia a fin de que se aleje también de mí; porque *nadie puede ser continente si tú no se lo dieres*[*43*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn43).

Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto de bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también. Yo nunca fui borracho, pero he conocido a muchos borrachos hechos sobrios por ti. Luego obra tuya es que no sean borrachos los que nunca lo fueron; obra tuya que no lo fuesen siempre los que lo fueron alguna vez, y obra tuya, finalmente, que unos y otros conozcan a quién deben atribuirlo.

Oí otra voz tuya: *No vayas tras tus concupiscencias y reprime tu deleite*[*44*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn44). También oí por tu gracia aquella que tanto amé: *Ni porque comamos tendremos de sobra ni porque no comamos tendremos falta*[*45*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn45); que es como decir: Ni aquella cosa me hará rico ni ésta necesitado.

También oí esta otra: *Porque yo he aprendido a bastarme con lo que tengo, y sé lo que es abundar y lo que padecer penuria, Todo lo puedo en aquel que me conforta*[*46*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn46). ¡He aquí un soldado de las milicias celestiales, no el polvo que somos nosotros! Pero acuérdate, Señor, de que somos polvo y que de polvo hiciste al hombre, y que, *habiendo perecido, fue encontrado*[*47*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn47).

Ni aun el Apóstol que así se expresó bajo el soplo de tu divina inspiración, y a quien aprecio, pudo algo por sí, porque era también polvo, cuando dice: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*[*48*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn48). Confórtame, pues, para que pueda; da lo que mandas y manda lo que quieras *(da quod iubes et iube quod vis)*. Confiesa el Apóstol haberlo recibido todo, y de lo que *se gloría se gloría en el Señor*[*49*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn49)*.*

Oí a otro que rogaba: *Aleja de mí la concupiscencia del vientre*[*50*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn50). Por todo lo cual, se ve, ¡oh mi Dios Santo!, que eres tú quien das que se haga lo que, cuando mandas que se haga, se hace.

**46.** Tú me enseñaste, Padre bueno, que *para los puros todas las cosas son puras; pero que es malo para el hombre comer con escándalo*[*51*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn51); y que *toda criatura tuya es buena y que nada se ha de arrojar de lo que se recibe con acción de gracias*[*52*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn52); y que *no es la comida la que nos recomienda a Dios*[*53*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn53); y que *nadie nos debe juzgar por la comida o bebida*[*54*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn54); y *el que coma no desprecie al que no coma, y el que no come no desprecie al que come*[*55*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn55). Estas cosas he aprendido: ¡Gracias a ti, alabanzas a ti, Dios mío, maestro mío, pulsador de mis oídos, ilustrador de mi corazón! Líbrame de toda tentación. No temo yo la inmundicia de la comida, sino la inmundicia de la concupiscencia.

Sé que a Noé le fue permitido comer de toda clase de carnes que pueden usarse, y que Elías comió carne, y que Juan, dotado de una admirable abstinencia, no se manchó con los animales, esto es, con las langostas que le servían de comida. Y, al contrario, sé que Esaú fue engañado por el apetito de unas lentejuelas, y David por haber deseado sólo agua se reprendió a sí mismo; y que nuestro Rey no fue tentado con carne, sino con pan; y que asimismo el pueblo [israelita] mereció, estando en el desierto, que Dios le reprendiese, no por haber deseado carne, sino por haber murmurado contra el Señor por el deseo de manjar.

**47.** Colocado en tales tentaciones, combato todos los días contra la concupiscencia del comer y beber, porque no es esto cosa que se pueda cortar de una vez, con ánimo de no volver a ello, como lo pude hacer con el concúbito. Porque en el comer y beber hay que tener el freno de la garganta con un tira y afloja moderado. ¿Y quién es, Señor, el que no es arrastrado un poco más allá de los límites de la necesidad? Si hay alguien, grande es, ensalce tu nombre. Yo ciertamente no lo soy, porque soy hombre pecador; mas también magnifico tu nombre, porque *por mis pecados interpela ante ti aquel que venció al mundo*[*56*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn56)*,* contándome entre los miembros débiles de su cuerpo, y porque *tus ojos vieron lo imperfecto de él, y serán todos escritos en tu libro*[*57*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn57).

CAPÍTULO XXXII

**El encanto de los perfumes**

**48.** Del encanto de los perfumes no cuido demasiado. Cuando no los tengo, no los busco; cuando los tengo, no los rechazo, dispuesto a carecer de ellos siempre. Así me parece al menos, aunque tal vez me engañe. También son dignas de llorarse estas tinieblas en que a veces se me oculta el poder que hay en mí, hasta el punto que, si mi alma se interroga a sí misma sobre sus fuerzas, no se da crédito fácilmente a sí, porque muchas veces le es oculto lo que hay en ella, hasta que se lo da a conocer la experiencia 33; y nadie debe estar seguro en esta vida, que toda ella está llena de tentaciones, no sea que como pudo uno hacerse de peor mejor, se haga a su vez de mejor peor. Nuestra única esperanza, nuestra única confianza, nuestra firme promesa, es tu misericordia.

CAPÍTULO XXXIII

**Los deleites del oído**

**49.** Más tenazmente me enredaron y subyugaron los deleites del oído; pero me desataste y liberaste. Ahora, respecto de las melodías que están animadas por tus palabras, cuando se cantan con voz suave y armoniosa, lo confieso, me recreo algún tanto, no ciertamente que quede prisionero de ellas, sino que me desprendo cuando quiero. Sin embargo, juntamente con las palabras, que les dan vida y que hacen que yo les dé entrada, buscan en mi corazón un lugar preferente; pero yo apenas si se lo doy conveniente.

Otras veces, al contrario, me parece que les doy más honor del que conviene, cuando siento que nuestras almas se mueven más ardiente y religiosamente en llamas de piedad con aquellos textos sagrados, cuando son cantados de ese modo, que si no se cantaran así, y que todos los afectos de nuestro espíritu, en su diversidad, tienen en el canto y en la voz sus modos propios, con los cuales no sé por qué oculta familiaridad son excitados.

Pero aun en esto me engaña muchas veces la delectación sensual —a la que no debiera entregarse el alma para enervarse—, cuando el sentido no se resigna a acompañar a la razón de modo que vaya detrás, sino que, por el hecho de haber sido por su amor admitido, pretende ir delante y tomar la dirección de ella. Así, peco en esto sin darme cuenta, hasta que luego me la doy.

**50.** Otras veces, empero, queriendo inmoderadamente evitar este engaño, yerro por demasiada severidad; y tanto algunas veces, que quisiera apartar de mis oídos y de la misma iglesia toda melodía de los cánticos suaves con que se suele cantar el Salterio de David, pareciéndome más seguro lo que recuerdo haber oído decir muchas veces del obispo de Alejandría, Atanasio, quien hacía que el lector cantase los salmos con tan débil inflexión de voz que pareciese más recitarlos que cantarlos.

Con todo, cuando recuerdo las lágrimas que derramé con los ?cánticos de la iglesia en los comienzos de mi conversión, y lo que ahora me conmuevo, no con el canto, sino con las cosas que se cantan, cuando se cantan con voz clara y una modulación muy adecuada, reconozco de nuevo la gran utilidad de esta costumbre.

Así fluctúo entre el peligro del deleite y la experiencia del provecho, aunque me inclino más —sin dar en esto sentencia irrevocable— a aprobar la costumbre de cantar en la iglesia, a fin de que el espíritu flaco se despierte a piedad con el deleite del oído. Sin embargo, cuando me siento más movido por el canto que por lo que se canta, confieso que peco en ello y merezco castigo, y entonces quisiera más no oír cantar.

¡He aquí en qué estado me hallo! Llorad conmigo y por mí los que en vuestro interior, de donde proceden las obras, tratáis con vosotros mismos algo bueno. Porque los que no tratáis de tales cosas no os habrán de mover estas mías. Y tú, *Señor Dios mío, escucha*, mira y ve, y *compadécete y sáname*[*58*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn58); tú, a cuyos ojos estoy hecho un problema *(mihi quaestio factus sum),* y ésa es mi dolencia.

CAPÍTULO XXXIV

**La seducción de los ojos**

**51.** Resta el deleite de estos ojos de mi carne, del cual quiero hacer confesión, que ¡ojalá oigan los oídos de tu templo, los oídos fraternos y piadosos, para que concluyamos con las tentaciones de la concupiscencia carnal, que todavía me incitan, a mí, que *gimo y no deseo sino ser revestido de mi habitáculo, que, es del cielo!*[*59*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn59)

Aman los ojos las formas bellas y variadas, los claros y amenos colores. No posean estas cosas mi alma; poséala Dios, que hizo estas cosas, *muy buenas ciertamente*; porque mi bien es él, no éstas. Y me tienta despierto todos los días, ni me dan momento de reposo, como lo dan las voces de los cantores, que a veces quedan todas en silencio. Porque la misma reina de los colores, esta luz, bañando todas las cosas que vemos, en cualquier parte que me hallare durante el día, me acaricia y se me insinúa de mil modos, aun estando entretenido en otras cosas y sin fijar en ella la atención. Y con tal vehemencia se insinúa, que si de repente desaparece es buscada con deseo, y si falta por mucho tiempo se contrista el alma.

**52.** ¡Oh luz!, la que veía Tobías cuando, cerrados sus ojos, enseñaba al hijo el camino de la vida y andaba delante de él con el pie de la caridad, sin errar jamás. O la que veía Isaac cuando, entorpecidos y velados por la senectud sus ojos carnales, mereció no bendecir a sus hijos conociéndoles, sino conocerles bendiciéndoles. O la que veía Jacob cuando, ciego también por la mucha edad, proyectó los rayos de su corazón luminoso sobre las generaciones del pueblo futuro, prefigurado en sus hijos, y cuando puso a sus nietos, los hijos de José, las manos místicamente cruzadas, no como su padre de ellos exteriormente corregía, sino como él interiormente discernía. Esta es la verdadera luz, luz única, y que cuantos la ven y aman se hacen uno.

Pero esta luz corporal de que antes hablaba, con su atractiva y peligrosa dulzura, sazona la vida del siglo a sus ciegos amadores; pero cuando aprenden a alabarte por ella, «¡oh Dios, creador de cuanto existe!», la convierten en himno tuyo, sin ser asumidos por ella en su sueño. Así quiero ser yo.

Resisto a las seducciones de los ojos, para que no se traben mis pies, con los que me introduzco en tu camino. Y levanto hacia ti mis ojos invisibles, para que tú libres de *lazo a mis pies*[*60*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn60). Tú no cesarás de librarlos, porque no cesan de caer en él. Sí, no cesarás de librarlos, no obstante que yo no cese de caer en las asechanzas diseminadas por todas partes, porque *tú, que guardas a Israel, no dormirás ni dormitarás*[*61*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn61).

**53.** ¡Cuán innumerables cosas, con variadas artes y elaboraciones en vestidos, calzados, vasos y demás productos por el estilo, en pinturas y otras diversas invenciones que van mucho más allá de la necesidad y conveniencia y de la significación religiosa que debían tener, han añadido los hombres a los atractivos de los ojos, siguiendo fuera lo que ellos hacen dentro, y abandonando dentro al que los ha creado, y destruyendo aquello que les hizo.

Pero yo, Dios mío y gloria mía, aun por esto te canto un himno y te ofrezco como a mi santificador el sacrificio de la alabanza, porque las bellezas que a través del alma pasan a las manos del artista vienen de aquella hermosura que está sobre las almas, y por la cual suspira la mía día y noche.

Los obradores y seguidores de las bellezas exteriores de aquí toman su criterio o modo de aprobarlas, pero no derivan de allí el modo de usarlas. Y, sin embargo, allí está, aunque no lo ven, para que no vayan más allá y *guarden para ti su fortaleza*[*62*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn62) y no la disipen en enervantes delicias.

Aun yo mismo, que digo estas cosas y las discierno, me enredo a veces en estas hermosuras; pero tú, Señor, me librarás; sí, tú me librarás, *porque tu misericordia está delante de mis ojos*[*63*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn63); pues si yo caigo miserablemente, tú me arrancas misericordiosamente, unas veces sin sentirlo, por haber caído muy ligeramente; otras con dolor, por estar ya apegado.

CAPÍTULO XXXV

**La tentación de la curiosidad**

**54.** A esto hay que añadir otra manera de tentación, cien veces más peligrosa. Porque, además de la concupiscencia de la carne, que radica en la delectación de todos los sentidos y voluptuosidades, sirviendo a la cual perecen los que se alejan de ti, hay una vana y curiosa concupiscencia, paliada con el nombre de conocimiento y ciencia, que radica en el alma a través de los mismos sentidos del cuerpo, y que consiste no en deleitarse en la carne, sino en experimentar cosas por la carne. La cual [curiosidad], como radica en el apetito de conocer y los ojos ocupan el primer puesto entre los sentidos en orden a conocer, es llamada en el lenguaje divino *concupiscencia de los ojos*[*64*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn64)*.*

A los ojos, en efecto, pertenece propiamente el ver; pero también usamos de esta palabra en los demás sentidos cuando los aplicamos a conocer. Porque no decimos: «Oye cómo brilla», o «huele cómo luce», o «gusta cómo resplandece», o «palpa cómo relumbra», sino que todas estas cosas se dicen ver. En efecto, nosotros no sólo decimos: «mira cómo luce» —lo cual pertenece a solos los ojos—, sino también «mira cómo suena», «mira cómo huele», «mira cómo sabe», «mira qué duro es». Por eso lo que se experimenta en general por los sentidos es llamado, como queda dicho, *concupiscencia de los ojos,* porque todos los demás sentidos usurpan por semejanza el oficio de ver, que es primario de los ojos, cuando tratan de conocer algo.

**55.** Por aquí se advierte muy claramente cuándo se busca el placer, cuándo la curiosidad por medio de los sentidos; porque el placer busca las cosas hermosas, sonoras, suaves, gustosas y blandas; la curiosidad, en cambio, busca aun cosas contrarias a aquéllas, no para sufrir molestias, sino por el placer de experimentar y conocer. Porque ¿qué deleite hay en contemplar en un cadáver destrozado aquello que te horroriza? Y, sin embargo, si yace en alguna parte, acuden las gentes para entristecerse y palidecer. Y aun temen verle en sueños, como si alguien les hubiera obligado despiertos a verlo o les hubiera persuadido a ello la fama de una gran hermosura. Y esto mismo dígase de los demás sentidos, que sería muy largo enumerar.

De este deseo insano proviene el que se exhiban monstruos en los espectáculos; y de aquí también el deseo de escrutar los secretos de la naturaleza, que está sobre nosotros, y que no aprovecha nada conocer, y que los hombres no desean más que conocer. De aquí proviene igualmente el que con el mismo fin de un conocimiento perverso se busque algo por medio de las artes mágicas. De aquí proviene, finalmente, el que se tiente a Dios en la misma religión, pidiendo signos y prodigios no para salud de alguno, sino por el solo deseo de verlos.

**56.** En esta selva tan inmensa, llena de insidias y peligros, ya ves, ¡oh Dios de mi salvación!, cuántas cosas he cortado y arrojado de mi corazón, según me concediste hacer. Sin embargo ¿cuándo me atrevo a decir, mientras nuestra vida cotidiana se ve aturdida por todas partes con el ruido que en su derredor hace esta multitud de cosas, cuándo me atrevo a decir que ninguna de estas cosas me llama la atención para que mire y caiga en algún cuidado vano? Ciertamente que no me arrebatan ya los teatros, ni cuido de saber el curso de los astros, ni mi alma consultó jamás a las sombras, y detesto todos los sacrílegos sacramentos.

Pero ¡con cuántos ardides de sugestiones no trata el enemigo de que te pida un signo a ti, Señor Dios mío, a quien debo humilde y sencilla servidumbre! Mas yo te suplico por nuestro Rey y por Jerusalén, nuestra patria pura y casta, que así como ahora está lejos de mi consentir estas cosas, así esté siempre cada vez más lejos de mí. Pero cuando te ruego por la salud de alguien, otro muy distinto es el fin de mi intención. Pero haciendo tú lo que quieres, tú me das y me darás que te siga de buen grado.

**57.** Pero ¿quién podrá contar la multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada todos los días nuestra curiosidad y las muchas veces que caemos? ¿Cuántas veces, a los que narran cosas vanas, al principio apenas si los toleramos, por no ofender a los débiles, y después poco a poco gustosos les prestamos atención?

Ya no contemplo, cuando se verifica en el circo, la carrera del perro tras la liebre; pero en el campo, cuando por casualidad paso por él, todavía atrae mi atención hacia sí aquella caza y me distrae tal vez hasta de algún gran pensamiento y me hace salir del camino, no con el jumento que me lleva, sino con la inclinación del corazón; y si tú, demostrada ya mi flaqueza, no me amonestaras al punto, o a levantarme hacia ti por medio de alguna consideración tomada de lo mismo que contemplo, o a despreciarlo todo y pasar adelante, me quedaría, como vano, hecho un bobo.

¿Y qué decir cuando, sentado en casa, me llama la atención el estelión que anda a caza de moscas o la araña que envuelve una y más veces a las caídas en sus redes? ¿Acaso porque son animales pequeños no es el efecto el mismo? Cierto que paso después a alabarte por ello, Creador admirable y ordenador de todas las cosas; pero cuando empiezo a fijarme en ellas, realmente no lo hago con este fin. Una cosa es levantarse presto y otra no caer.

Y de cosas por el estilo está llena mi vida, por lo que mi única esperanza es tu grandísima misericordia. Porque cuando nuestro corazón llega a ser un receptáculo de semejantes cosas y lleva consigo tan gran copia de vanidad, sucede que nuestras oraciones se interrumpen con frecuencia y se perturban; y mientras en tu presencia dirigimos a tus oídos la voz del corazón, no sé de dónde procede impetuosamente una turba de pensamientos vanos que cortan tan importante acto.

CAPÍTULO XXXVI

**Las tentaciones de la soberbia**

**58.** ¿Acaso habremos de contar también esto entre las cosas despreciables? ¿O hay algo que puede reducirnos a esperanza, si no es tu conocida misericordia, puesto que has comenzado a mudarnos? Ante todo, tú sabes en qué medida me has mudado, sanándome primeramente del apetito de venganza, para serme después *propicio en todas las demás iniquidades mías,* y sanar *todas mis dolencias,* y redimir *mi vida de la corrupción*, y coronarme *con misericordia*, y saciar *de bienes mi deseo*[*65*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn65), tú que reprimiste mi soberbia con tu temor y domaste mi cerviz con tu yugo, el cual llevo ahora y me es suave, porque así lo prometiste y has cumplido. En realidad así era, y yo no lo sabía, cuando temía someterme a él.

**59.** Pero ¿por ventura, Señor —tú, el único que dominas sin altivez, porque *eres el único* verdadero *Señor*[*66*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn66) que no tiene señor—, por ventura me ha dejado o puede dejarme durante toda esta vida este tercer género de tentación, que consiste en querer ser temido y amado de los hombres no por otra cosa sino por conseguir de ello un gozo que no es gozo? ¡Mísera vida es y fea jactancia!

De aquí proviene principalmente el que no se te ame ni tema castamente, y *tú resistas a los soberbios y des tu gracia a los humildes*[*67*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn67), y truenes contra las ambiciones del siglo, y se estremezcan *los fundamentos de los montes*[*68*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn68).

Pero, como quiera que por ciertos oficios de la sociedad humana nos es necesario ser amados y temidos de los hombres, insiste el adversario de nuestra verdadera felicidad sembrando en todas partes como lazos estas palabras: «¡Bien, bien!», para que, mientras las recogemos con avidez, caigamos incautamente, y dejemos de poner en tu verdad nuestro gozo y lo pongamos en la falsedad de los hombres, y nos agrade el ser amados y temidos no por motivo tuyo, sino en tu lugar; y de esta manera, hechos semejantes a nuestro adversario, nos tenga consigo no para concordia de la caridad, sino para ser consortes de su suplicio, él que determinó poner *su sede en el aquilón*[*69*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn69), a fin de que, tenebrosos y fríos, sirviesen al que te imitó por caminos perversos y torcidos.

Nosotros, empero, Señor, somos *tu pequeña grey*[*70*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn70). Tú nos posees. Extiende tus alas para que nos refugiemos bajo ellas. Tú serás nuestra gloria. Por ti seamos amados y tu palabra sea temida en nosotros. Quien quiere ser alabado de los hombres vituperándole tú, no será defendido de los hombres cuando tú le juzgues, ni asimismo liberado cuando tú le condenes. Pero *cuando no es el pecador el que es alabado en los deseos de su alma ni es bendecido el que obra la iniquidad*[*71*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn71), sino que el hombre es objeto de alabanza por algún don que le has concedido, si se alegran más de que le alaben que de poseer ese don que le hace acreedor de las alabanzas, también apetece las alabanzas humanas vituperándole tú. Así es mejor el alabador que el alabado, pues aquel mostró su deferencia hacia el don de Dios, mientras que éste se complació más del don del hombre que del de Dios.

CAPÍTULO XXXVII

**El halago de la alabanza humana**

**60.** Diariamente somos tentados, Señor, con semejantes tentaciones, y somos tentados sin cesar. Nuestro horno cotidiano es la lengua humana. Tú nos mandas que seamos también en este orden continentes; da lo que mandas y manda lo que quieras. Tú tienes conocidos sobre este punto los gemidos de mi corazón dirigidos hacia ti y los ríos de mis ojos . Porque no puedo fácilmente saber cuánto me he limpiado de esta lepra, y temo mucho mis pecados ocultos, patentes a tus ojos, pero no a los míos. Porque en cualquier otro género de tentaciones tengo yo facultad de examinarme a mí mismo, pero en éste es casi nula. Porque en orden a los deleites de la carne y a la vana curiosidad de conocer, veo bien cuánto he aprovechado al tener que refrenar mi alma, cuando carezco de tales cosas por voluntad o por necesidad. Porque entonces yo mismo me pregunto cuándo me es más o menos molesto carecer de ellas.

En cuanto a las riquezas, que son deseadas para servicio de una de estas tres concupiscencias, o de dos de ellas, o de todas, si el alma no puede percibir si las desprecia poseyéndolas, puede hacer prueba de sí abandonándolas. Pero, en orden a la alabanza, ¿acaso, para carecer de ella y así experimentar lo que podemos en este punto, hemos de vivir mal y tan perdidamente y con tanta crueldad que todo el que nos conozca nos deteste? ¿Qué mayor locura puede decirse ni pensarse?

Pero si la alabanza suele y debe ser compañera de la vida buena y de las buenas obras, no debemos abandonar ni la vida buena ni su compañero la alabanza. Sin embargo, yo ignoro si puedo llevar con igualdad de ánimo o de mala gana la carencia de alguna cosa, hasta ver que me falta.

**61.** Pues ¿qué es, Señor, lo que te confieso en este género de tentación? ¿Qué, sino que me deleito en las alabanzas? Pero, sin duda alguna, me deleita más la verdad que las alabanzas; pero si me propusiesen qué quería más: ser loco furioso y desatinado en todo y ser alabado de todos los hombres, o estar cabal y certísimo de la verdad, y ser vituperado de todos, ya veo lo que elegiría.

Con todo, yo no quisiera que la aprobación ajena aumentase el gozo de cualquier bien mío. Pero de hecho no sólo lo aumenta, lo confieso, sino que también la vituperación lo disminuye. Y cuando me siento turbado con esta miseria mía, luego me sale al paso una excusa, que tú sabes, ¡oh Dios!, lo que vale, porque a mí me trae perplejo. Porque habiéndonos mandado tú no sólo la continencia, esto es, de qué cosas debemos cohibir el amor, sino también la justicia, esto es, en qué lo debemos poner, y queriendo no sólo que te amásemos a ti, sino también al prójimo, sucede muchas veces que parezco deleitarme del provecho o esperanza del prójimo, cuando me deleito con la alabanza del que ha entendido bien, y a su vez contristarme con su mal, cuando le oigo vituperar lo bueno que ignora.

Porque también me contristo algunas veces con las alabanzas, cuando o alaban en mí aquellas cosas en que yo me desagrado o estiman algunos bienes pequeños y leves míos más de lo que debieran serlo.

Pero a su vez, ¿de dónde sé yo si el sentirme así afectado es porque no quiero que disienta de mí, respecto de mí, el que me alaba, no porque me mueva su utilidad, sino porque los mismos bienes que veo con agrado en mí me son más gratos cuando agradan también a otros? Porque, en cierto modo, no soy yo alabado cuando no es aprobado mi juicio respecto de mí, puesto que o alaban cosas que a mí me desagradan o alaban más las que a mí me agradan menos. ¿Luego también en esto ando incierto de mí?

**62.** He aquí que veo en ti, ¡oh Verdad!, que no debían moverme mis alabanzas por causa de mí, sino por utilidad del prójimo, y no sé si tal vez es así; pues en este asunto me soy menos conocido a mí que tú. Yo te suplico, Dios mío, que me des a conocer a mí mismo, para que pueda confesar a mis hermanos, que han de orar por mí, cuanto hallare en mí de malo. Me examinaré, pues, nuevamente con más diligencia.

Pero si es la utilidad del prójimo la que me mueve en mis alabanzas, ¿por qué me muevo menos cuando es vituperado injustamente un extraño que no cuando lo soy yo? ¿Por qué me hiere más la contumelia lanzada contra mí que la que en mi presencia se lanza con la misma iniquidad contra otro? ¿Acaso ignoro también esto? ¿Había de faltar esto para engañarme a mí mismo y no realizar la verdad en tu presencia, ni con el corazón ni con la lengua?

Aleja, Señor, de mí semejante locura, para que mi boca no sea para mí el *óleo del pecador con que unja mi cabeza*[*72*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn72).

CAPÍTULO XXXVIII

**Vanagloria en el desprecio de la vanagloria**

**63.** *Soy menesteroso y pobre*[*73*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn73), aunque mejor cuando con secreto gemido me desagrado a mí mismo y busco tu misericordia para que sea reparada mi indigencia y llevada a la perfección de aquella paz que ignora el ojo del arrogante.

Pero la palabra que sale de la boca y las obras conocidas de los hombres están expuestas a una tentación peligrosísima por causa del amor a la alabanza, que encamina los mendigados votos a una cierta excelencia personal. Tienta, en efecto; y cuando la reprendo en mí, por el mismo hecho de reprenderla —y muchas veces aun del mismo desprecio de la vanagloria— se gloría más vanamente; razón por la cual ya no se gloría del desprecio mismo de la vanagloria, puesto que realmente no desprecia ésta cuando se gloría de ella.

CAPÍTULO XXXIX

**El amor propio o autocomplacencia**

**64.** También hay dentro de nosotros, sí, dentro de nosotros, y en este mismo género de tentación, otro mal, con el cual se desvanecen los que se complacen a sí mismos de sí, aunque no agraden, o más bien desagraden, a los demás, ni tengan deseo alguno de agradarles. Mas estos tales, agradándose a sí mismos, te desagradan mucho a ti, no sólo teniendo por buenas las cosas que no lo son, sino poseyendo tus bienes como si fuesen suyos propios; o si tuyos, como debidos a sus méritos; o si como debidos a tu gracia, no gozándose de ellos socialmente, sino envidiándolos en otros.

En todos estos peligros y trabajos y otros semejantes, tú ves el temor de mi corazón y que siento más el que tengas que sanar continuamente mis heridas que el que no se me inflijan.

CAPÍTULO XL

**Recapitulación I: Experiencia mística «de una no sé qué dulzura interior»**

**65.** ¿Dónde tú no caminaste conmigo, ¡oh Verdad!, enseñándome lo que debo evitar y lo que debo apetecer, al tiempo de referirte mis puntos de vista interiores, los que pude, y de los que te pedía consejo? Recorrí el mundo exterior con el sentido, según me fue posible, y paré mientes en la vida de mi cuerpo que recibe de mí y de mis sentidos. Después entré en los ocultos senos de mi memoria, múltiples latitudes llenas de innumerables riquezas por modos maravillosos, los cuales consideré y quedé espantado, y de todas ellas no pude discernir nada sin ti; pero hallé que nada de todas estas cosas eras tú. Ni yo mismo, el descubridor, que las recorrí todas ellas y me esforcé por distinguirlas y valorarlas según su excelencia, recibiendo unas por medio de los sentidos e interrogándolas, sintiendo otras mezcladas conmigo, examinando y enumerando los mismos órganos transmisores, y dejando aquéllas y sacando las otras; ni yo mismo —digo—, cuando hacía esto, o más bien la facultad mía con que lo hacía, ni aun esta misma eras tú, porque tú eras la luz indeficiente a la que yo consultaba sobre todas las cosas: si eran, qué eran y en cuánto se debían tener; y de ella oía lo que me enseñabas y ordenabas. Y esto lo hago yo ahora muchas veces, y esto es mi deleite; y siempre que puedo desentenderme de los quehaceres forzosos, me refugio en este placer.

Pero en ninguna de estas cosas que recorro, consultándote a ti, hallo lugar seguro para mi alma sino en ti, en quien se recogen todas mis dispersiones, sin que se aparte nada de mí.

Algunas veces me introduces en un afecto muy inusitado, en una no sé qué dulzura interior, que si se completase en mí, no sé ya qué será lo que no es esta vida. Pero con el peso de mis miserias vuelvo a caer en estas cosas terrenas y a ser reabsorbido por las cosas acostumbradas, quedando cautivo en ellas. Mucho lloro, pero mucho más soy detenido por ellas. ¡Tanto es el poder de la costumbre! Aquí puedo estar y no quiero; allí quiero y no puedo. Infeliz en ambos casos.

CAPÍTULO XLI

**Recapitulación II: Dios es la verdad**

**66.** Por eso consideré las enfermedades de mis pecados en su triple concupiscencia e invoqué tu diestra para mi salud. Porque vi tu esplendor con corazón enfermo, y, repelido, dije: ¿Quién podrá llegar allí? *Arrojado he sido de la faz de tus ojos*[*74*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn74). Tú eres la verdad que preside sobre todas las cosas. Mas yo, por mi avaricia, no quise perderte, sino que quise poseer contigo la mentira; del mismo modo que nadie quiere decir la mentira hasta el punto que ignore lo que es la verdad. Y así yo te perdí, porque no te dignas ser poseído con la mentira.

CAPÍTULO XLII

**El mediador falaz de los neoplatónicos**

**67.** ¿A quién encontraría yo que me reconciliase contigo? ¿Debí recurrir a los ángeles? ¿Y con qué preces, con qué sacramentos? Muchos, esforzándose por volver a ti y no pudiendo por sí mismos, tentaron, según oigo, este camino y cayeron en deseos de visiones curiosas y merecieron ser engañados, porque te buscaban con el fasto de la ciencia, hinchando más bien que hiriendo sus pechos; y atrajeron hacia así, por la semejanza de su corazón, a las potestades *aéreas*[*75*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn75), conspiradoras y cómplices de su soberbia, las cuales con sus poderes mágicos les engañaron, por buscar un mediador que los juzgara, que no era tal, *sino un diablo transfigurado en ángel de luz*[*76*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn76). El cual atrajo sobremanera a la carne soberbia, por el hecho mismo de carecer de cuerpo carnal. Eran ellos mortales y pecadores, y tú, Señor, con quien ellos buscaban soberbiamente reconciliarse, inmortal y sin pecado.

Pero era necesario que el Mediador entre Dios y los hombres tuviese algo de común con Dios y algo de común con los hombres, no fuese que, siendo semejante en ambos extremos a los hombres, estuviese alejado de Dios; o, siendo semejante en ambos extremos a Dios, estuviese alejado de los hombres, y así no pudiera ser mediador.

Así, pues, aquel mediador falaz por quien merece, según tus secretos juicios, ser engañada la soberbia, una cosa tiene de común con los hombres; es a saber, el pecado; y otra que quiere aparentar tener con Dios, mostrándose inmortal por razón de no hallarse revestido de la carne mortal. Pero como *el estipendio del pecado es la muerte*[*77*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn77), síguese que tiene esto de común con los hombres, por lo que juntamente con ellos será condenado a muerte.

CAPÍTULO XLIII

**Cristo—Jesús, único y verdadero Mediador**

**68.** Pero el verdadero Mediador, a quien por tu secreta misericordia revelaste a los humildes y lo enviaste para que con su ejemplo aprendiesen hasta la misma humildad, *aquel Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús*[*78*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn78), apareció entre los pecadores mortales y el Justo Inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios, para que, pues el estipendio de la justicia es la vida y la paz, por razón de la justicia que tiene de común con Dios, destruyese en los impíos justificados por él, la muerte, que quiso tener de común con ellos. Este Mediador fue mostrado a los antiguos santos 49 para que fuesen salvos por la fe en su pasión futura, como nosotros lo somos por la fe en la ya pasada. Porque en tanto es Mediador en cuanto Hombre; pues en cuanto Verbo no puede ser intermediario, por ser igual a Dios, Dios en Dios y juntamente con él un solo Dios.

**69.** ¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que *no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos!*[*79*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn79) ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, *quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos*[*80*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn80)*, teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla*[*81*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn81). Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor, por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros.

Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todas mis dolencias por su medio, porque el que está sentado a tu diestra *te suplica por nosotros*[*82*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn82); de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina. De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros.

**70.** Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: *Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos*[*83*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn83).

He aquí, Señor, que deposito en ti mis preocupaciones, a fin de que viva y pueda *considerar las maravillas de tu ley*[*84*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn84). Tú conoces mi ignorancia y mi debilidad: enséñame y sáname. Aquel tu Unigénito en quien *se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*[*85*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn85), me redimió con su sangre. *No me calumnien los soberbios*[*86*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn86), porque pienso en el precio de mi rescate, y lo como y lo bebo y lo distribuyo, y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados. *Y alabarán al Señor quienes le buscan*[*87*](http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_10_note.htm#_ftn87).

1Co 13,12

2 Ef 5,27

3 Sal 50,8

4 Jn 3,21

5 Sal 5,13

6 Rm 4,5

7 Sal 102,3

8 1Co 2,11

9 1Co 13,7

10 2Co 1,11

11 Sal 143,7-8

12 Sal 50,3

13 Sal, 16, 8

14 1Co 4,3

15 1Co 2,11

16 Jb 3,13

17 1Co 13,12

18 1Co 10,13

19 Is 58,10

20 Rm 1,20

21 Rm 9,15

22 Sal 99,3

23 Rm 1,20

24 Sal 31,9

25 Rom 11,8

26 Gn 3,17-19

27 Lc 15,8

28 Ga 5,7

29 Sal 26,1

30 Jn 12,35

31 Sal 30,10

32 Jb 7,19

33 Sab 8, 21

34 1Jn 2,16

35 1Co 4,1

36 Ef 3,20

37 Sal 2,11

38 1Co 15,54

39 Mt 6,34

40 1Co 15,53

41 2Co 6,5

42 Lc 21,34

43 Sab 8,21

44 Si 18,30

45 1Co 8,8

46 Flp 4,11-13

47 Lc 15,24

48 Flp 4,13

49 1Co 1,31

50 Si 23,6

51 Rm 14,20

52 1Tm 4,4

53 1Co 8,8

54 Col 2,16

55 Rm 14,3

56 Rm 8,34

57 Sal 138,16

58 Sal 12,4

59 2Co 5,2

60 Sal 24,15

61 Sal 120,4

62 Sal 58,10

63 Sal 25,3

64 1Jn 2,16

65 Sal 102,3

66 Is 37,20

67 1P 5,5

68 Sal 17,14

69 Is 14,13

70 Lc 12,32

71 Sal 10,3

72 Sal 140,5

73 Sal 108,22

74 Sal 30,23

75 Ef 2,2

76 2Co 11,14

77 Rm 6,23

78 1Tm 2,5

79 Rm 8,32

80 Flp 2,6

81 Jn 10,18

82 Rm 8,34

83 2Co 5,15

84 Sal 118,18

85 Col 2,3

86 Sal 118,122

87 Sal 21,27